

*J.G. Ballard*



**FUGA al PARADISO**

Neil, un joven obsesionado con imágenes del holocausto nuclear, conoce casualmente en Honolulu a la doctora Barbara Rafferty, una madura médica inglesa comprometida con las luchas ecologistas y decidida a fundar una reserva natural en un atolón francés del Pacífico. Pero lo que comienza como una apasionada aventura en defensa de las especies animales amenazadas no tarda en convertirse en un ataque a la subespecie masculina del género humano.

Con *Fuga al Paraíso*, James G. Ballard vuelve a los temas apocalípticos de su anterior producción literaria, introduciendo al lector en una pesadilla de imaginería surrealista que satiriza los extremismos con el sarcasmo más demoleedor. La novela, abundante en alusiones a la literatura clásica inglesa, sobre todo a Coleridge y Bernard Shaw, no pretende descalificar las más recientes inquietudes humanas, sino advertir sobre las nefastas consecuencias de extrapolar los problemas circunstanciales, incluso personales, recubriéndolos con el falso baño dorado de una mística redentora.

# PRIMERA PARTE

## 1

## Salvar los albatros

—¡Salvemos los albatros! ¡Basta ya de pruebas nucleares! —Mojada por la humedad del mar, la doctora Barbara Rafferty estaba en la proa de la lancha neumática, apoyada en el hombro de Neil, mientras la embarcación oscilaba en el mar agitado. Volviendo a llenar de aire los pulmones fatigados pero indignados todavía, se pegó el megáfono a los labios y vociferó hacia las playas vacías del atolón—: ¡No a la guerra biológica! ¡Salvemos los albatros y salvemos el planeta!

Una ola que pasaba por la proa hizo un remolino y casi le arrebató el megáfono de la mano. Maldijo la caprichosa espuma y se quedó escuchando los ecos de su voz que corrían por las grandes olas. Como aburridas de sí mismas, las amplificadas consignas se desvanecieron mucho antes de alcanzar la costa.

—¡Mierda! ¡Neil, despierta! ¿Qué es lo que pasa?

—Estoy aquí, doctora Barbara.

—Lo que hay a proa es Saint-Esprit. ¡La isla de los albatros!

—¿Saint-Esprit? —Neil se quedó mirando dubitativamente hacia la desierta costa que parecía a punto de hundirse por el borde del Pacífico. Se esforzó por mostrarse entusiasta—. Nos ha traído usted, doctora.

—Te dije que lo haría. Créeme, vamos a poner las cosas en marcha...

—Usted siempre está poniéndolo todo en marcha... — Neil apartó la pesada rodilla de la doctora de sus riñones y apoyó la cabeza en la borda manchada de petróleo—. Doctora Barbara, necesito dormir.

—¡Ahora no! Por el amor de Dios...

Ya exaltada por la isla, que tan apasionadamente había descrito durante las tres semanas de travesía desde Papeete, la doctora Barbara levantó dos dedos, haciendo un gesto vulgar que incluso escandalizó a Neil. Entre las solapas del chubasquero color naranja, las llagas que le había hecho el agua salada en el cuello y en el pecho fulguraban como quemaduras de cigarrillos. Pero el cuerpo no significaba nada para la médico de cuarenta años, como sabía Neil. Para la doctora Barbara, los tanques con agua contaminada del *Bichou*, el viejo queche que los había transportado desde Papeete, sus magras raciones y sus húmedas literas no importaban nada. La fiebre de los albatros era lo único que importaba. Si Saint-Esprit, aquel atolón aún sin describir y situado a mil kilómetros al suroeste de Tahití, no cumplía sus expectativas, tendría que convertirse en el amenazado paraíso por el que había estado haciendo campaña sin descanso.

—¡El arrecife, doctora Barbara! Ahora, a callar... Necesito oír el coral.

Detrás de ellos estaba el timonel hawaiano, Kimo, con las rodillas apuntaladas contra las bordas de la lancha neumática mientras manejaba el remo de doble pala. Iba sentado cual jinete de rodeo encima del motor fuera borda, que había volcado hacia dentro para proteger la hélice. Neil le veía gobernar la embarcación entre el oleaje, haciendo amagos en medio de las salpicaduras. Pese a ser hijo de las islas, reflexionaba Neil, Kimo era sorprendentemente hostil al mar. El antiguo policía de Honolulu parecía odiar todas las olas y hundir las palas afiladas en las hinchadas panzas de agua oscura como abriría un arponero una

docena de heridas en el costado de una ballena amodorrada.

Pero sin Kimo no habrían podido emprender esta expedición de protesta a Saint-Esprit. La abandonada isla de las pruebas nucleares era una prima más joven y más accesible que la siniestra Mururoa, a la que juiciosamente había decidido renunciar la doctora Barbara. El capitán Serroy, el pescador de Papeete, los aguardaba en el *Bichou*, dos millas mar adentro. El capitán se había negado a participar en el desembarco, pues se tomaba demasiado en serio las palabras de la doctora Barbara sobre la guerra química y las inminentes explosiones nucleares. Sólo Kimo tenía la serena destreza y la fuerza bruta suficientes para atravesar con la lancha neumática el arrecife y encontrar una cala entre las engañosas calmas que flotaban unos palmos por encima de aquel Himalaya de dientes.

—¡Vamos a la deriva! —La doctora Barbara gateó sobre Neil e intentó coger el remo del hawaiano. La lancha neumática había perdido impulso y la proa vacilaba al hundirse en el mar revuelto—. Kimo, ¿no pares ahora!

—Agárrese, doctora Barbara... Voy a llevarla a la isla.

Mientras la mujer protegía el megáfono de las salpicaduras, Neil cogió la bolsa impermeable que contenía los instrumentos de la doctora. No hace falta decir que la mujer viajaba sin el menor equipo médico. En lugar de agujas hipodérmicas, ampollas de vitaminas para las úlceras de los labios o un rollo de esparadrapo para vendar a los albatros heridos, la bolsa contenía aerosoles de pintura, una pancarta de protesta, un machete, una cámara de vídeo para grabar los principales acontecimientos de la expedición. A las televisiones de Honolulu, si no de Europa y de Estados Unidos, les podía interesar el material grabado y su emotivo mensaje.

—Nos estamos acercando, doctora Barbara... —Kimo dobló la espalda y condujo la embarcación adelante, como un auriga de las profundidades estimulando a un corcel re-

niente. Atento a las salpicaduras de espuma que saltaban sobre los baluartes de coral, había encontrado un paso en el arrecife, una estrecha hondonada que habían abierto los ingenieros franceses mediante explosiones submarinas. Canales más anchos y menos peligrosos atravesaban el borde meridional del atolón, que era la ruta que seguían los navíos de la armada encargados de aprovisionar la base militar. Pero la despejada laguna hacía que el visitante no deseado quedara a la vista de los soldados que vigilaban la isla, que estarían listos para repelerlo hacia alta mar, como habían comprobado los manifestantes antinucleares que habían desembarcado en Mururoa. Aquí, en la oscura costa septentrional, saltarían a tierra sin ser vistos, para dar tiempo a la doctora Barbara para encontrar los albatros en peligro y hacer acopio de toda su indignación.

Con el remo en alto, Kimo ignoró a un tiburón de extremidades negras que los adelantó virando, en pos de un pequeño pez azul. Aguardó el siguiente golpe de mar e impulsó la lancha neumática por el remolino de espuma y restos de coral que estallaron conforme el aire atrapado explotaba entre las paredes jadeantes. El arrecife se alejó, inclinándose sobre las neblinosas profundidades lo mismo que la cubierta corroída de un portaaviones. Entraron en las tranquilas aguas interiores y Kimo puso en marcha el fuera borda para salvar los seiscientos metros que faltaban para llegar a la playa.

—Kimo, Kimo...

Arrodillada en la proa, la doctora Barbara susurró el nombre del hawaiano, reprochándose a sí misma el temor que había sentido de que le faltara decisión al timonel. Neil no había dudado en ningún momento del criterio de Kimo. Durante la travesía desde Papeete, el impasible hombretón había estado encerrado en sí mismo, durmiendo y comiendo en un vacío pañol para las velas, preparándose para la futura confrontación.

Siempre obedecía a la doctora Barbara, soportando estoicamente las arengas ecologistas con que ella celebraba la presencia de cualquier pájaro raro en el cielo, y evidentemente consideraba al dieciseisero Neil Dempsey poco menos que su grumete. Kimo había gastado sus ahorros en los pasajes de avión desde Honolulu y en el alquiler del *Bichou*, pero a veces, mientras trasteaba con la radio del queche, Neil sospechaba que podía tratarse de un agente francés que fingía defender a los albatros para vigilar a la excéntrica expedición.

A los ocho días de zarpar de Papeete habían adelantado a una flota de balleneros japoneses, escolta de un buque factoría que dejaba sobre el sucio mar una mancha de sangre y grasa de una milla de anchura. El espectáculo había consternado tanto a la doctora Barbara que Neil había tenido que sujetarla por la cintura, temiendo que la enloquecida médica saltara a las ensangrentadas olas. Mientras forcejeaban, con las mejillas encendidas por los reflejos del carmín del mar, la presión de las manos de Neil en las musculosas nalgas femeninas parecieron casi excitar a la doctora Barbara, distrayéndola hasta que lo apartó de un empujón y lanzó una sarta de obscenidades a los lejanos japoneses.

Kimo, sin embargo, se había mantenido misteriosamente tranquilo, sosegado por los millares de aves marinas que se atracaban con los restos de ballena. Durante los últimos días de travesía había sacrificado sus personales raciones para alimentar a un petrel solitario que seguía al queche, pese a que la doctora Barbara le advirtió que se estaba quedando anémico.

Kimo alimentaba a los pájaros y, según le gustaba pensar a Neil, soñaba también los sueños de las aves. En la cabeza de Kimo, la libertad de los albatros para vagabundear por los cielos desiertos del Pacífico se había mezclado con su fe en un reino hawaiano independiente, libre para siempre de los colonizadores franceses y norteamericanos, con

su cultura turística, sus centros comerciales, sus clubes náuticos y su contaminación.

Fue Kimo quien dijo a la doctora Barbara que los científicos nucleares franceses habían regresado a Saint-Esprit, que habían abandonado en los años setenta como posible terreno de pruebas después de trasladarse a Mururoa, un atolón de las Islas Gambier, situado a una distancia segura de Tahití. Los doscientos indígenas de Saint-Esprit ya habían sido reinstalados en Moorea, en las Islas de Barlovento, y la isla, con sus torres para las cámaras y sus casamatas de hormigón, había permanecido intacta durante los largos años de la moratoria nuclear.

Sin embargo, la amenaza de una nueva serie de pruebas atómicas no había conseguido inspirar a la doctora Barbara, una veterana de los movimientos de protesta que ayudaba a dirigir un hogar para niños discapacitados en Honolulu. La médica inglesa, infatigable y de elevados principios, estaba aburrida de las interminables manifestaciones contra la reducción de la capa de ozono, el calentamiento del planeta y la matanza de rorcuales rostrados. Pero Kimo también la informó de que los ingenieros franceses de Saint-Esprit habían ampliado el aeródromo militar, destruyendo importantes terrenos de nidificación del albatros viajero, la mayor ave marina del Pacífico.

Salvar los albatros, había descubierto la doctora Barbara, tenía mucho más atractivo para el público. El gran pájaro blanco despertaba vagos pero intensos sentimientos de culpa y redención que conmovían la imaginación de los estudiantes de la Universidad de Hawai, que constituían su ejército contestatario. El poema de Coleridge, a menudo se lo recordaba a Neil, era el libro fundamental de los derechos de todos los animales y de todos los movimientos ecologistas, aunque ponía mucho celo en no citar los conocidos versos.

Ya habían llegado a Saint-Esprit, pero ¿dónde estaban los albatros? Mientras se acercaban a la playa, una bandada de alcatraces volaba alrededor de la lancha neumática, un torbellino de gamberros visible desde cualquier lancha patrullera francesa que hubiese a menos de cinco millas. Los pájaros atacaban la embarcación de goma, remontando el vuelo entre las hondonadas de las olas, acometiendo con el pico contra las úlceras abiertas en los brazos de Neil. La doctora Barbara los golpeaba en la cabeza con el megáfono y escrutaba la costa con la esperanza de no encontrar ninguna señal de recepción hostil. Creciéndose ante la resistencia, se desilusionaba siempre que pasaba inadvertida y sabía cómo contender con su público de aves estridentes.

El monótono golpeteo de la proa de la lancha neumática contra las olas le había revuelto el estómago a Neil. Estaba vomitando por la borda, dejando un reguero de la avena del desayuno (una obsesión de la doctora Barbara) sobre la goma grasienta. Mientras tenía a raya a un alcatraz insistente, se preguntó por qué había participado en aquella travesía de protesta. No sólo no había allí pruebas nucleares, que en secreto sentía curiosidad por ver, sino que no había tampoco ningún albatros.

—¡Neil! ¡Te pondrás bien cuando desembarquemos! — La doctora Barbara le secó la flema de la boca—. Procura resistir... Yo estoy tan nerviosa como tú.

—Yo no estoy nervioso. ¿Dónde están los albatros?

—Están aquí, Neil. Estoy segura de que los franceses no los han matado.

—¿Nos iremos si no hay albatros?

—Siempre hay albatros. —La doctora Barbara sostuvo la cabeza de Neil contra su hombro, con una orgullosa sonrisa en sus labios agrietados. Llevaba el pelo descolorido echado hacia atrás, como decidida a vender cara su cabeza llena de principios a los malvados franceses sin escrúpulos—. Si se busca con ahínco, se los encuentra. Ahora serénate. No podemos filmar dos veces el desembarco.

Neil tiró de la bolsa con cansancio.

—En serio, doctora, estoy mareado. Podría estar envenenado por las radiaciones...

—Muy probablemente. Es todo eso que se dice sobre Eniwetok y Mururoa. Nunca he conocido a nadie que soñara con islas nucleares.

—Salvad la bomba atómica...

—Salvad a Neil Dempsey.

Neil se dejó abofetear. La doctora Barbara sabía ser una maestra de escuela autoritaria y convertirse de golpe en madre complaciente de un modo que siempre desarmaba al joven. Toqueteaba constantemente a Neil, mirándolo al fondo de los ojos y controlándole la orina como si llevara la contabilidad de sus funciones fisiológicas, una calculada forma de seducir una libido de dieciséis años a la que el joven apenas podía resistirse, fueran cuales fuesen las razones. En una ocasión en que lo abrazó jugando en la cocina del barco, sosteniendo ella una rodaja de batata entre los dientes, Neil tuvo la tentación de desnudarse delante de la doctora.

—Neil, prepárate para empezar la película. Ya huelo a los franceses...

Neil sacó la cámara del estuche impermeable. Kimo había apagado el motor y se dejaban llevar suavemente por las olas hacia la costa, donde las palmeras formaban una tupida empalizada en la playa de ceniza volcánica negra. La doctora Barbara se quitó el chubasquero y se sostuvo de pie en la proa, con las piernas separadas, cuadrada de hombros y con el pelo rubio ondeando como un estandarte de guerra.

Como siempre, Neil disfrutaba filmándola en primer plano. Por el visor distinguía las úlceras visibles del rostro y el pezón izquierdo, que asomaba entre el algodón mojado de la camisa y que llamaría la atención en los telediarios y en las portadas de *Quick* o *Paris-Match*. Se afianzó al sacudirlos una ola y enfocó con el teleobjetivo la alta nariz y la

enérgica boca de la doctora Barbara, preguntándose si habría sido guapa o fea cuando estudiaba medicina en Edimburgo, hacía veinte años.

—Toma mucha película de la isla —le dijo la mujer, dirigiendo ya el documental del que era guionista y estrella—. Y saca todos los pájaros que puedas.

—No hay ningún albatros. Sólo esos pajarracos.

—Tú filma los pájaros, los que sean. ¡Santo Dios!

Neil se chupó los dedos entumecidos y buscó torpemente los diminutos mandos de la cámara japonesa. Trabajaba de proyccionista por horas en el departamento de cinematografía de la Universidad de Hawái cuando lo había reclutado la doctora Barbara, convencida desde el principio, pese a cuanto dijera él en contra, de que se trataba de un cualificado director de fotografía. Por suerte, la cámara volvió a enfocarse sola y Neil tomó una panorámica de Saint-Esprit. El atolón consistía en una cadena de bancos de arena e islotes de coral, el reborde de un cráter volcánico sumergido que contenía una laguna de ocho kilómetros de diámetro. La mayor de las islas estaba situada al suroeste de la laguna, un semicírculo de densa selva y sembrados cubiertos de hierba, dominado por una masa rocosa que ascendía hasta unos ciento cincuenta metros sobre el nivel del mar.

Buscando las amenazadas aves marinas, los grandes vagabundos de los océanos, Neil tomó una panorámica de los acantilados. Las cornisas acanaladas de lava azul recordaban en conjunto el cadáver de una montaña muerta desde hacía milenios, empinada hacia el cielo como un muerto sentado dentro de una tumba abierta. La tenaz vegetación se pegaba a las chimeneas visibles del volcán, como coronas vivas que floreciesen sobre las elevadas tumbas. Aún no había aparecido ningún albatros, pero encima de la cumbre se alzaba una torre de acero cuyos cables penetraban sesgados en la cubierta boscosa.

La esbelta armadura era demasiado frágil para aguantar el peso de un ingenio nuclear y Neil supuso que sería una antigua antena de radio. Conforme cabalgaban sobre las últimas olas en dirección a la playa, enfocó la torre, esperando que el contrapicado impidiera que el estómago se le subiera a la garganta. Pensando en los noticiarios sobre pruebas atómicas, fantaseó con una bomba que explotaba en la cúspide, formando una bola de plasma más caliente que el sol. Pese a la pasión de la doctora Barbara por los albatros, el campo de pruebas nucleares seducía mucho más a Neil. Nunca había estallado ninguna bomba en Saint-Espirit, pero el atolón, como Eniwetok, Mururoa y Bikini, era una maqueta experimental del campo de batalla del fin del mundo, un sueño de guerra y muerte que no sabía de moratorias.

La popa de la lancha neumática se levantó al lanzarlos contra la playa la última ola. Neil guardó el megáfono y la cámara en la bolsa, y cerró las cintas impermeabilizantes, apoyándose contra la bancada central. La doctora Barbara estaba acuclillada en la proa igual que un boina verde, con los puños apretados alrededor de la amarra. Con el remo de dos palas en sus inmensas manos, Kimo estaba a horcajadas sobre el motor, manteniendo la embarcación sobre los curvados lomos de la ola. La muralla rodante se desmenuzó en un hervor blanco que inclinó la lancha neumática y que hizo que el remo saliera rotando entre salpicaduras.

Golpeados por el violento oleaje, nadaron en el agua que les llegaba a la cintura mientras la embarcación se deslizaba sobre la arena de la playa. Con la bolsa encima de la cabeza, Neil luchó contra el reflujo y vadeó la espuma revuelta. Kimo arrastró la lancha neumática por la estrecha franja de arena que había debajo de las palmeras e inmovilizó la temblorosa embarcación de goma con sus descomunales brazos. La doctora Barbara recuperó el remo, pero

una ola le dio en los muslos, haciéndole perder pie. Cayó de rodillas en el agua espumosa, se levantó con la camisa pegada a la cintura y se cogió a la mano de Neil cuando éste tiró de ella.

—Buen chico... ¿Estamos todos? ¿Y la cámara?

—A salvo, doctora Barbara.

—No la sueltes: el mundo nos contempla por ese pequeño objetivo...

Se sentó jadeando en la playa, junto a Neil, y se secó el agua de las mejillas excoriadas por la sal. Sorbiendo la mucosidad de las narices, volvió a mirar hacia el mar, francamente admirada de su violencia. Todavía con la respiración entrecortada, Neil se recostó en la áspera arena. Después de una travesía de tres semanas, entre los bandazos y el balanceo de la cubierta, lo mareaba la absoluta inmovilidad de la isla. La ceniza negra estaba cubierta de cortezas de cocos, hojas de palmera que amarilleaban, descoloridos restos arrastrados por el mar y caparazones de cangrejos en descomposición. Por encima de todo flotaba el hedor del pescado muerto. El sol había desaparecido detrás de la cubierta boscosa y la isla estaba envuelta en un rocío frío. A pocos palmos de distancia, entre los árboles que tenía detrás, había un mundo de insectos, con zumbidos agudos, niebla húmeda y vegetación medio podrida.

—Bien... Hay que seguir. —La doctora Barbara se puso en pie y se sacudió el agua de la camisa—. Kimo, otra vez te toca sacarnos del apuro.

—Lo conseguiremos doctora. Engañaré al mar por usted. —Mientras bullía la espuma alrededor de sus pies, Kimo manipuló el motor fuera borda, limpiándole de arena las tomas de aire—. Aguardaremos a que suba la marea, dentro de un par de horas.

—¿Dos horas? Espero que sea suficiente. Puede que los franceses estén comiendo... ¿Dónde está Neil?

Neil le rozó el tobillo.

—Sigo aquí, supongo.

La doctora Barbara se puso en cuclillas, abotonándose la camisa para eludir la angustiada mirada de Neil.

—Por supuesto que estás aquí. No te desanimes, Neil. Te necesito ahora: eres el único que sabe usar la cámara.

Se apartó el pelo mojado de los ojos y se pasó la mano por los musculosos brazos, como si recordara que seguía siendo el joven combativo y perezoso que había conocido una noche en Waikiki, soñando con islas atómicas y maratones de natación. Durante la travesía lo había eximido de las tareas más arduas, dejando que Kimo se ocupara de las pesadas velas y manejase la bomba de la sentina, y Neil había tenido la sensación de que se le reservaba para el muy concreto papel de fotógrafo de la expedición.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar en Saint-Esprit? —preguntó.

—El suficiente para hacer la película. Aún no podemos hacer nada por los albatros, pero podemos enseñar a la gente lo que ocurre aquí.

—Doctora... —Neil señaló la playa desierta y las nubes de mosquitos—. No ocurre nada.

—¡Neil! —La doctora Barbara lo obligó a levantarse—. Electrifica un poco ese cerebro que tienes. Estamos muy cerca del año 2000: hagamos que el planeta nos siga esperando entonces.

—Por eso he venido —le aseguró Neil—. Quiero salvar a los albatros, doctora Barbara.

—Ya sé que quieres. Ojalá hubiera más jóvenes como tú. Tendremos que protegerlo todo aquí, no sólo los albatros, sino todas las palmeras, las enredaderas y la hierba. —Espantó a manotazos los mosquitos que se cernían sobre los labios de Neil—. ¡Salvaremos incluso a los mosquitos!

Como es lógico, la doctora se había olvidado de poner repelente en el equipaje. Neil era hijo de un médico, de un radiólogo londinense fallecido hacía tres años, y volvió a preguntarse si la doctora Barbara era médico de verdad. Neil veía a través de la camisa mojada su andrajosa ropa in-